

§ 210

La libertad del hombre bajo los efectos de la gracia actual eficaz

1. Fácilmente se comprende que el hombre sea libre bajo la influencia de la gracia ineficaz. Su libertad se realiza incluso oponiéndose al movimiento que procede de Dios. Pero tampoco la gracia eficaz le empuja como que fuera un trozo de madera o una piedra. En la gracia actual Dios causa la acción del hombre no con causalidad mecánica, sino de forma que el hombre siga siendo libre. Dios llama al hombre y el hombre debe responder libremente, sea consintiendo, sea negándose. Dios se apodera del espíritu humano de forma que sea él mismo quien obra y actúa. Es dogma de fe que *el hombre sigue siendo libre bajo la influencia de la gracia actual*. Véanse los textos del Concilio de Trento citados en § 205, II y § 206, 11. En el canon 5 de la sesión sexta dice el Concilio: "Si alguno dijere que el libre albedrío del hombre se perdió y extinguió después del pecado de Adán, o que es cosa de sólo título o más bien título sin cosa, invención, en fin, introducida por Satanás en la Iglesia, sea anatema" (D. 815); y en el canon 6: "Si alguno dijere que no es facultad del hombre hacer malos sus propios caminos, sino que es Dios el que obra así las malas como las buenas obras, no sólo permisivamente, sino propiamente y por sí, hasta el punto de ser propia obra no menos la traición de Judas que la vocación de Pablo, sea anatema" (D. 816).

2. En la *época de la Reforma* se defendió la opinión de que el hombre era un instrumento ciego y sin libertad en las manos de Dios, única causa. Ya hemos dicho antes qué limitaciones hay que hacer a esa interpretación de los reformadores. Cfr. § 205, II. Janseño atribuye al hombre que obra bajo la influencia de la gracia la libertad de coacción, pero no la libertad de elección. La gracia es irresistible en cuanto que es gracia (D. 1093-94).

3. La *Escritura* da testimonio tanto de la fuerza de la gracia como de la libertad del hombre, sin aclarar cómo son compatibles.

La salvación es un don, pero a la vez es tarea. Cfr. los textos citados en el § 112. Allí se habla del banquete nupcial para el que sólo tienen entrada los invitados. Son llevados por los mensajeros del rey, provistos de vestidos nuevos y sentados a la mesa; pero tienen que dejarse llevar y tienen que tomarse el esfuerzo de cambiarse la túnica. No depende del que planta ni del que siega, sino de quien da el crecimiento. El es quien capacita y transforma al creyente para el bien obrar. No depende del propio correr y querer, sino de la misericordia de Dios (*Rom.* 9, 16). Y, sin embargo, los hombres deben correr como los corredores en una carrera. Como los luchadores deben ejercitar la continencia (*I Cor.* 9, 24-27). Cuando San Pablo está en prisión y reflexiona sobre su vida, puede atestiguar de sí con la muerte ante los ojos: "He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe" (*II Tim.* 4, 7). Pero era propiamente la gracia la que había luchado y conservado la fe. La obra del hombre es obra de Dios. San Pablo escribe a los Corintios: "Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que me confirmó no ha sido estéril, antes he trabajado más que todos ellos, pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo" (*I Cor.* 15, 10). La obra salvífica del hombre es causada y hecha por Dios. Y, sin embargo, es el hombre quien realiza su acción por propia decisión. De nuevo escribe San Pablo a los Filipenses: "Así, pues, amados míos, como siempre habéis obedecido, no sólo cuando estaba presente, sino mucho más ahora que estoy ausente, con temor y temblor trabajad por vuestra salud. Pues Dios es el que obra en vosotros el querer y el obrar, según su beneplácito" (*Phil.* 2, 12-13). Siempre debe tener el hombre temor de oponerse a la acción de Dios, de no aceptarla en su actividad con la debida resolución y disposición.

4. *Los Santos Padres* hablan de la actividad de Dios y de la libertad de los hombres sin explicar tampoco cómo son compatibles.

Dice San Crisóstomo comentando *Phil.* 2, 12 (BKV VII, 123): "Pero como había dicho "con temor y temblor", observa cómo acalla su (de los Filipenses) angustia. Pues, ¿qué escribe? Es Dios quien obra en vosotros. ¡No temas porque te haya dicho "con temor y temblor"! No lo he dicho porque debas desesperarte, sino para que estés atento y no vivas disipado. Si haces eso, Dios hará todo. Puedes consolarte, pues Dios es quien obra en vosotros. Si es El quien obra en nosotros debemos mantener continua-

mente nuestra voluntad libre en estrecha e indisoluble unión con El... Si es El quien obra el querer en nosotros, ¿cómo puedes hacernos una exigencia?—San Juan Crisóstomo se encara aquí con San Pablo—. Pues si el mismo obra hasta el querer, no tiene sentido alguno que diga: “Vosotros habéis sido obedientes”; no podemos de ningún modo ser obedientes; entonces no tiene sentido alguno que mandes “con temor y temblor”. Todo es obra de Dios. No es por eso por lo que yo he dicho: “Pues Dios es el que obra en vosotros el querer y el obrar”, sino para disipar vuestra angustia. Sólo cuando tú quieras realizará El el querer. No temas; no tendrás que hacer esfuerzo; El mismo nos da la decisión y el cumplimiento de ella.” San Agustín observa en la plática 53 sobre el Evangelio de San Juan (sec. 7 y 8): “Tenemos que caminar, tenemos que ir adelante, tenemos que crecer para que nuestros corazones sean capaces de las cosas que ahora no podemos comprender. Cuando el último día nos encuentre caminando hacia adelante, sabremos lo que aquí nos ha sido negado. Pero si alguien cree y confía poder explicar mejor y más claro la cuestión, yo, por mi parte, estoy más dispuesto a aprender que a enseñar. Nadie se atreva a defender la libertad humana de forma que intente desvirtuar la petición en que decimos: No nos dejes caer en la tentación; y al contrario, nadie niegue la libertad y trate de disculpar el pecado. Oigamos más bien al Señor, que manda y ayuda, que ordena lo que debemos hacer y ayuda a poderlo hacer. A unos les ha ensoberbecido la excesiva confianza en su voluntad, y a otros la excesiva desconfianza en ella les ha llevado al descuido completo. Dicen aquéllos: ¿Para qué pedir al Señor que la tentación no nos venza, si eso depende de nosotros? Y éstos dicen: ¿Para qué esforzarnos en vivir bien, si esto está en poder de Dios? Señor, Padre, que estás en los cielos, no nos dejes caer ni en la una ni en la otra tentación, sino líbranos del mal. Oigamos al Señor, que dice: “He rezado por tí, Pedro, para que tu fe no vacile.” Para que no creamos que la fe depende de nuestra libre voluntad, de manera que no necesite la ayuda divina. Oigamos también al Evangelista que dice: “Les dió el poder de hacerse hijos de Dios”, para que no pensemos que está en nuestro poder el creer. Reconozcamos la razón de ambos textos. Y entonces debemos dar las gracias de que nos haya sido dado poder, y rezar para que no nos venza la debilidad. Esta es la fe que obra por el amor, cuya medida ha dado el Señor a cada uno para que quien se gloríe, no se gloríe en sí mismo, sino en el Señor.” San Basilio observa en su sermón sobre el tema de que Dios no es el autor del mal: “¿Por qué al crearnos no se nos hizo incapaces de pecar, para que no hubiéramos podido pecar, aunque quisiéramos? Tú no tienes a tu siervo por bueno, cuando lo tienes atado, sino cuando cumple voluntariamente sus deberes para contigo. Y así el amor a Dios tampoco es una acción naturalmente necesaria, sino un ejercicio de la virtud. Y la virtud es cosa de la libre decisión y no de la necesidad natural; la decisión libre está en nuestro poder. Ahora bien, lo que está en nuestro poder es la libre voluntad. Quien tacha, pues, al creador de no habernos hecho naturalmente incapaces de pecar, prefiere la naturaleza irracional a la racional, y la naturaleza falta de movimiento y voluntad a la libre.” San Efrén el Sirio ensalzó de tal forma la libertad, que en su plática primera sobre la fe se atrevió a decir: “Cuando Dios creó al hombre, le hizo un dios creado al darle la libertad de caminar según su voluntad.”

5. El hecho de que una acción sea realizada por Dios y por el hombre, no pone en peligro su unidad. Dios y el hombre no cooperan en la acción de forma que Dios abra una parte de ella y el hombre otra. Toda acción es realizada totalmente por Dios y totalmente realizada por el hombre: por Dios como causa primera y principal (*causa principalis*) y por el hombre como causa segunda (*causa secunda*). Toda acción es obra de Dios en toda su amplitud y profundidad, y en toda su amplitud y profundidad es obra del hombre. Dios obra la acción de forma que el hombre la obra a la vez libremente. Dios obra al hombre en cuanto agente. El hombre actúa siempre como obra obrada por Dios.